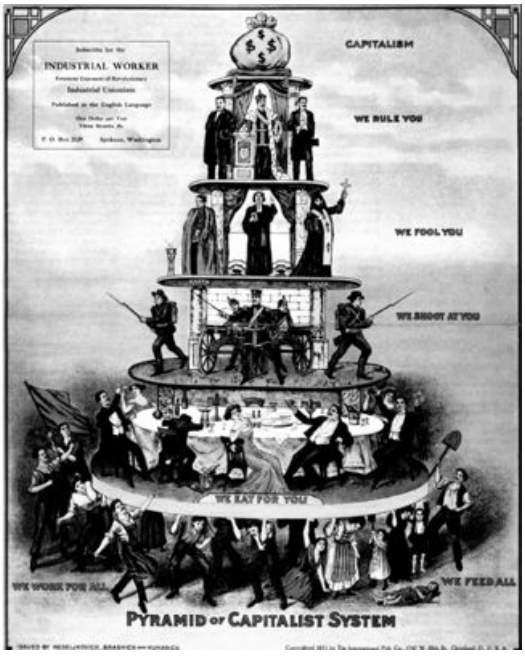
Enrique Bienzobas

El desasosiego sueco

Vivir es ser otro
F. Pessoa: *Libro del desasosiego*

Una mañana de junio de 1911 en el proceso de la voladura para abrir un túnel al ferrocarril, muere, el dinamitero Oskar Johansson en la ciudad de Norrköping, Östergötland, Suecia. Johansson contaba 23 años, soltero, dinamitero de profesión. Más o menos así debió de figurar en la escueta nota aparecida en la prensa al día siguiente, tal y como lo cuenta Henning Mankell [*El hombre de la dinamita*. Trad. Carmen Montes. Ed. Tusquets, Barcelona (2ª de.), 2018] Pero no, Oskar Johansson no murió. Eso sí, no quedó muy bien librado: perdió la mano derecha, de la izquierda sólo conservó el índice y el pulgar, también perdió un ojo, el pelo y parte del pene. Estuvo hospitalizado muchos meses. Salió vivo del hospital. Volvió a traba-



jar, incorporándose a la misma cuadrilla de dinamiteros. Pero su resurrección no fue nunca publicada, quedó su muerte por desmentir. A la prensa de la época (¿ocurre lo mismo en todas las épocas?) la vida o la muerte de un "sucio" dinamitero, de alguien perteneciente a la "chusma", le traía al fresco. Tal vez ahí se encuentra la gran metáfora que Mankell quiere dar a conocer: Johansson es Suecia, su cuerpo deteriorado es la sociedad sueca en proceso de transformación, proceso interesante para unos, frustrante para otros.

Posteriormente, años sesenta, un anónimo joven indaga sobre la vida de Johansson, es la voz en tercera persona que narra la épica y la lírica de la clase obrera, a través de la vida de Oskar Johansson. Para ello se traslada durante un verano a la cabaña del ya ex-dinamitero, seis metros cuadrados de una antigua sauna que ha comprado al Ejército, localizada en un islote de un estrecho golfo del mar Báltico, al Este de Suecia. Hay otro narrador: el propio Oskar Johansson al que, sin embargo, no le gusta hablar de sí mismo. Ya es un anciano, físicamente pesado. Entre ambos narradores van desbrozando la vida de Johansson, la de su familia, el antes y el después de su boda –con la hermana de la que fuera su novia, pues cuando sale del hospital ésta se había casado con otro– los hechos cotidianos, el día a día de la clase obrera; aunque él dice no recordar nada. Pero empleando una técnica curiosa, mediante la cual, tras uno o dos renglones, continúan varios párrafos o páginas la historia anunciada, la sociedad cambiante para provecho de la burguesía y deterioro de la clase obrera. Empleando un estilo conciso, cargado de metáforas que hablan de sociedad, revolución incluso armada, ya que "eso caerá por su peso".

Y así vamos viendo pasar una vida deteriorada y una sociedad que se "moderniza" no para bien de todos, algo que provoca inquietud. El desasosiego que experimenta Kurt Wallander (Mankell se propuso como subtítulo para la serie de Wallander *El desasosiego sueco* [*La pirámide*. Trad. Carmen Montes Cano. Ed. Tusquets. Barcelona, abril 2005]) ante ese cambio a peor, al menos él lo entiende así: "vivimos, pensaba Wallander, como si sintiésemos nostalgia de un paraíso perdido" y, como el desasosiego ya había nacido para Mankell unas décadas antes con la inquietud de Oskar Johansson, sabía que aquel tiempo pasado tampoco había sido maravilloso, y le hace reflexionar a Wallander, apostillando lo anterior, "pero aquel tiempo ya pasó de forma irremediable y la cuestión es si realmente era tan idílico como nos gusta recordar" [*Asesinos sin rostro*, trad. Dea Marie Mansten y Amanda Monjonell Mansten. Ed. Tusquets, Barcelona 2001. Pág. 251] ya venía de algunas décadas anteriores.

Oskar Johansson es un hombre tranquilo. No guarda rencor. Se queja, sí, se queja de la injusticia social y no olvidará nunca una afrenta causada por una pandilla de pijos jóvenes. Era domingo, paseaban su novia y él cuando se cruzaron con un grupito de estudiantes bien vestidos, entre ellos iba el hijo de los dueños de la casa donde servía su novia. Los estudiantes pijos les echaron de la acera profiriendo insultos contra ellos: "Dinamitero de mierda, trabajador asqueroso, chusma". Eso nunca lo pudo olvidar. ¡"Chusma"!, nombre con el que los "bienpensantes" se refieren a la gente vulgar y despreciable (1).

Durante mi adolescencia y juventud, se nos había hecho creer, no se de dónde surgió la idea, que Suecia, junto con los demás países nórdicos, era un paraíso, la meca del bienestar, del sexo libre, de la felicidad… Pero fuimos conociendo la existencia de corporaciones extendidas por países en vías de desarrollo cuando no plenamente tercermundistas, que aprovechaban los sueldos mucho más bajos que los que pagaban en las empresas matrices, se trataba de fábricas de armas, vehículos…, después, claro que con las mismas intenciones, llegaron las industrias digitales, la fábrica y distribución de muebles, las grandes finanzas… También nos llegaron, con cuenta gotas, Martín Beck, Kurt Wallander… y el paraí-

so empezó a recordarnos a John Milton, ahora veíamos ya a Suecia como en un país capitalista más, cuyas relaciones de producción son, sin duda, de explotación, aunque lo llamen "capitalismo humano".

Quienes conocimos a Mankell a través de Kurt Wallander creíamos que era un buen escritor de novela policiaca (posteriormente supimos de sus otros escritos: series sobre África, series juveniles, teatro...), por eso la lectura de *El hombre de la dinamita* nos causó cierta inquietud, la misma que producía en Oskar Johansson o Kurt Wallander al enfrentarse a una sociedad en crisis, en transformación. El impacto de la historia del dinamitero ha sido perturbador. A través de Maj Sjöwall y Per Wahlöö y después de Henning Mankell –osteriormente se han ido añadiendo más autores— hemos podido ver una sociedad nórdica diferente, más cercana a la nuestra, salvando ciertas distancias, como por ejemplo la diferencia que existe entre una "democracia plena" y una "democracia imperfecta" (2). Desde entonces hemos podido ver corruptelas, crímenes, votos irreflexivos, explotación, discriminación, xenofobia..., datos que nos hacen comprobar que en Suecia también perdieron el paraíso. Algo que causa perturbación.

Desasosiego que ya Oskar Johansson experimenta durante la crisis producida por el paso de una sociedad manufacturera a otra industrial y el fuerte desarrollo de la clase obrera (Suecia se enfrentó a multitud de huelgas y conflictos laborales durante los primeros años del siglo XX que, si bien su resolución no satisfizo sus necesidades, terminaron por arrancar beneficios, tales como la jornada de ocho horas, mejoras salariales... y el "estado del bienestar", todo aquello que hoy nos está arrancando la insaciabilidad capitalista), así como los partidos políticos afines, al menos en principio. Cierto que Oskar Johansson es un hombre tranquilo, que "está presente en el mundo" aunque no participe, lo que no quita que mire a su alrededor. Y es consciente de lo poco que benefician los cambios a la clase obrera: "Uno siempre ha sido un obrero. Todo ha cambiado –eflexiona en 1969– pero no para nosotros" y, unas páginas más adelante dice con amargura, que "... lo único que ha pasado es que ahora sabemos cómo son las cosas. Por lo demás, todo sigue como siempre" [*El hombre de la dinamita*, pág. 92 y 168]. Ya en abril de 1949 había comprado un cartel de propaganda, el de la Pirámide de la Sociedad Capitalista, publicado en 1910 por la norteamericana IWW. Cartel muy difundido por todo el mundo y del que el narrador anónimo afirma que "es el análisis del sistema capitalista más eficaz que se haya publicado" [Ibidem: pág. 161]. Con este bagaje no nos extraña, pues, que su "presencia" en el mundo sea una búsqueda de alternativa al capitalismo, lo que le lleva de la socialdemocracia al comunismo y, abandonando esta última afiliación, a rechazar a los políticos por no saber, no querer o no poder solucionar los problemas de la clase obrera. Desde esta primera novela de Mankell, que no fue su primera publicación, una obra de teatro, *Feria popular* (1968), mantuvo durante toda su vida una actitud de rechazo a las injusticias sociales, incluso fue compañero de una militante maoísta en Noruega participando en el Partido Comunista Obrero de aquel país, cuando preparaba su primera novela. Luego, cuando escribe el prefacio para su publicación, Mankell nos llama la atención sobre los cambios: no han sabido resolver las necesidades de los desamparados: "los desvalidos del mundo se han vuelto más pobres veinticinco años después", añadiendo la única verdad, el único mundo a donde nos lleva el capitalismo: "Suecia ha pasado de un intento decente de construir una sociedad a un saqueo social. Una división cada vez más clara entre las personas necesarias y las sobrantes".

Notas

1. En estos días estamos escuchando el mismo vocablo aplicado a los grupos de jóvenes que exigen en las calles y plazas

libertad de expresión. Para esos "bien-pensantes" no hay distinción: todos son violentos, delincuentes, ladrones... ¡chusma! Creo que es el momento de releer el libro de Allèssi Dell'Umbria, *¿Chusma?* (traducción a cargo de Las malas compañías de Durruti, con la colaboración de Juanita Narboni. Ed. Pepitas de Calabaza, Logroño, 2009). Una invitación al debate a propósito de la violencia surgida en los extrarradios de las ciudades francesas en 2005 y siguientes. Es evidente que los hechos de 2005, 2018, 2021... son el producto de una sociedad enferma, una sociedad que no sabe o no quiere dar respuesta a las necesidades de los jóvenes, de los adultos, pensionistas, estudiantes, parados, sin techo... Tanto la violencia como el insulto ramplón (el gusto, como nos dice Valeriano Bozal en *El gust*o, Machado Libros, Madrid, 2008: "cuando se trata de gustos individuales es habitual introducir criterios de valoración...", pág. 15), requiere un examen mucho más profundo que dos cubatas y un karaoke.

2. Son inútiles los intentos de "demostrar" que en España hay una "democracia plena", cuando muchas de las instituciones, entre ellas la Jefatura del Estado, son opacas y cuando lo que se llamó "transición" fue una reconversión de los colaboradores del dictador a "demócratas", y tantos otros ejemplos que podríamos mencionar.